

EUGENIO TRIAS:

**Escritura,
diferencia,
dispersión**

Fenómeno publicitario, sacerdote de un culto prohibido o teórico de posturas «estético-voluntaristas-pseudo-revolucionarias-diminuto burguesas» (que me perdonen los profesionales de estas ristas los calificativos que olvido o desconozco), la presencia, no sea más que editorial, de Eugenio Trias en el yermo de las ánimas de la filosofía española es indudable. No es fácil saber qué debe hacerse con este hombre ni dónde colgar su cabeza de corte vagamente romántico, irónicamente romántico. Más cerca del pirata que del filósofo, como debe ser. (Excursus: ¿no han notado ustedes que los grandes piratas y los grandes filósofos desaparecieron de la faz de la tierra por las mismas fechas? Ahora, los acaudalados navieros y los profesores de filosofía tienen idéntico aire de funcionarios de Correos. Dignísimos, por otra parte, los unos y los otros.) Volviendo a Trias, el catálogo de sus faltas llena varios folios: en vez de jurar por Lukacs (ya saben, «El salto a la razón y la toma de la Bastilla») o Popper, introdujo nombres como Klossowski, Deleuze, Foucault, Artaud, Bataille, maniobra tendente a fomentar el confusionismo ideológico, ya bastante grave desde tiempos de Ramiro de Maeztu; en vez de ciencia, pretende oficiar un «pensamiento mágico»; no dice ni palabra del criterio de verificabilidad, pero habla de máscaras y de la peste; como postre, verosíblemente incapaz de crear una sólida obra teórica, trufada de rigor, nos ofrece un libro de aforismos, de factura impudicamente nietzscheana. A sus años, no es poco.

La filosofía española, una historia muy triste. Ahora que se empezaba a salir del atraso escolástico, del idealismo sin conciencia histórica y de la neumatología severamente explicada por cateóricos vitalicios, cuando despuntaba la formalización, el rigor analítico y los alumnos de los últi-

mos cursos sabían deletrear «Wittgenstein» sin titubear, ahora, precisamente ahora, ¡vuelta al irracionalismo, al desprecio de la epistemología, al oscurantismo y la pandereta! Es como para liar el petate.

Pero, ¿aforismos, por qué? ¿Puro mimetismo nietzscheano? No es probable. Lo cierto es que «el aforismo es la exageración, el lenguaje extravagante, el camino del exceso que lleva al palacio de la sabiduría» (Norman O. Brown). En el caso concreto del autor de «Zarathustra», «el aforismo de Nietzsche tiende, por consecuencia, a devolver al acto mismo de pensar su virtud de resistencia a toda conceptualización, a mantenerlo más allá de las normas del entendimiento, y de esa suerte, sustituir por lo que ha llamado valores a los conceptos, pues todo concepto nunca ha sido otra cosa que la huella de un acto eficaz no para el pensamiento mismo, sino para el triunfo de una fuerza cualquiera» (P. Klossowski). El aforismo es la forma propia y necesaria (o puede serlo) de una forma de filosofía que no se pretende a todo trance «alta» cultura, sabiduría «henormes» y superior.

Pero, cuidado: tampoco se trata de vindicar una filosofía «modesta». Esas obras que comienzan diciendo: «Nuestro propósito no es más que llenar un hueco...», o «consciente de la existencia de una lamentable laguna»; y también: «aunque haya sido dicho ya en repetidas ocasiones, no será ocioso recordar...», para después repetir algo que era ocioso decir incluso la primera vez. Trias, el pecado es suyo, prefiere agrandar los huecos y quisiera bañarse en todas las lagunas.

¿No será todo esto un surrealismo de urgencia? Sin duda, pero de imperiosa urgencia. Filósofos: la primera obligación (hay varias, a cuál más graciosa) es ser incómodos. Seriedad, divino tesoro... ¡vete a hacer puñetas!

Pero, ¡todo esto es recuperable por el sistema!... dirán quienes a todo trance quisieran conservar lo que jamás tuvieron. El sistema lo recupera todo, a diferentes niveles: la seriedad, el rigor (mortis), con orgullo y alegría; la

risa, también. Pero es la risa...

¿Qué puedo contar de «La Dispersión»? ¿Repetiré lo que recuerdo del libro? Pero ya no me acuerdo de nada... («El espacio que separa un aforismo de otro es una invitación al olvido»). ¿Diré en qué acuerdo? ¿O, por qué no estoy de acuerdo? Imposible tomar un acuerdo inequívocamente cuerdo. Elijamos la locura, pues. «Telo, telo manenai!».

La filosofía puede ser solamente la justificación teórica (¿?) de lo triunfal, subvertido en cuanto intenta justificarse y por ello. O el intento de clarificar el uso que las personas «de la calle» dan a las palabras del lenguaje «ordinario»: es preciso, pues, inventarse un ingenio «hombre de la calle» —atarcado en leer a Shakespeare y ver películas de Orson Welles— frente al desengañado filósofo, preocupado lucidamente por jerarquizar las diecisiete formas posibles de decir «¿me da usted fuego?» o «¿jeste calor no es propio de esta época del año!». También puede ayudarse a los científicos, tímida y en la medida en que ellos lo consientan, a clarificar los premios de sus ciencias. (Todo sea por el progreso del racionalismo!

Lo fundamental es, en todo caso, la postura decente y moral. ¡No vaya a convertirse esto en puro cachondeo! Es sabido que «está mal dilapidar las fuerzas, en jugar o beber, pero bien en mejorar la suerte de los pobres» (Bataille). Y en explicar conocimientos objetivos, formar, conformar, etcétera... O, también, filosofía es exclamación, ditirambo, lucha por liberar a la realidad de lo que no le permite ser lo que es. (Lucha contra el principio de realidad, si usted me entiende.)

De Eugenio Trias resulta que hemos dicho más bien poco. Puede subrayarse —¡allá los comentaristas!— que aquí, en «La Dispersión», encuentra o se acerca a la voz que le esquivaba tenazmente en sus obras anteriores. Que Nietzsche está demasiado crudo, demasiado entero, lo que llega a irritar por mucho que en principio se agradezca su lúcida sombra demente. Que el pulso apresurado de los aforismos no desdén, a veces,

el tópico poco agudo, la ficción mecánica del entusiasmo.

Lo importante es que el libro molesta a quien debe molestar, hierde donde hay que herir, ilusiona de compañía a quien demasiado tiempo se sintió solo. ■ FERNANDO SÁVATER.

Rf. «La Dispersión», de Eugenio Trias. Ed. Taurus, 1971.

**ALONSO
IBARROLA:
Humor
subterráneo**

Chesterton atribuye a uno de sus personajes la extraña vivencia de «sentirse a sí mismo formando parte de un cuadro colgado de la pared». Se trata, a todas luces, de una vivencia surrealista, semejante a la que el lector experimenta al adentrarse en la lectura de «Historias para burgueses» (Fundamentos, 1971), de Alonso Ibarrola. Estas «historias» pueden ser otros tantos «cuadros colgados de la pared», cuadros surrealistas en los que nuestra diaria realidad subyace y donde el lector se ve forzado a participar como protagonista. Quiero decir que no es posible leer a Alonso Ibarrola en actitud pasiva, esto es, contemplar esos cuadros-historias desde fuera, como simple espectador. La pluma del humorista donostiarra —que es como una cámara de objetivo distorsionado, a veces invertida, siempre enfocando la realidad desde ángulos inéditos— nos ha convertido en actores que desconocen el papel de su propia vida. Cabe, pues, leer «Historias para burgueses» a dos niveles por lo menos: uno, el de la historia misma, narrada linealmente en un tónica de «ingenuidad»; otro el de ese estrato surrealista, esa especie de «sótano» de nuestra existencia por donde el autor nos conduce, encendiendo y apagando luces, creando y borrando sombras. Este humor subterráneo de Alonso Ibarrola, jamás desembocará en la carcajada; la ha de bordear siempre, por los difíciles lin-

deros de la sonrisa, donde el humorista verdadero debe demostrar su «pulso».

Sonreír al lector, sin llegar jamás a la explosión de la risa, pero si esto llega a ocurrir en cualquier momento excepcional de la lectura nos habremos reído, con Ibarrola, de nosotros mismos. ■ BERNARDO DE ARRIZABALAGA.

**MAXIMO:
Búsqueda de
un lenguaje**

Máximo es de sobra conocido del gran público a través de los chistes que publica en revistas y periódicos de amplia difusión. Ahora nos ofrece un libro, «Historias impávidas» (Edit. Fundamentos). Un libro extraño, hermético, lleno de intención. Ciento cuarenta páginas sobre la que el humorista vallisoletano ha vertido su múltiple deseo de expresión: dibujo, textos, grafía manual, montaje, que pugnan por abrirse paso por el camino del lenguaje. Esta persecución de la trascendencia en el humor —agotadora para Máximo, divertida para el lector— se divide en tres grandes apartados: 1) Cuestiones particulares; 2) Cuestiones oratorias; 3) Cuestiones inalmbricas. Es decir, el autor, partiendo de sí mismo, llega a la cúspide del «país imaginario», donde, a fin de cuentas, «todo siguió igual». El camino, surrealista, entre el «yo» y «la circunstancia», perseguida con sutilísimos análisis críticos, es lo que constituye el libro. El lector, si toma el hilo de Ariadna que Máximo le tiende al principio, y lo sigue a través del laberinto expresivo que es «Historias impávidas», al final es posible que haya logrado descifrarse a sí mismo en lo que a la «circunstancia» se refiere. Máximo, su técnica, es «flash», reflejo, fragmento y eco. Requiere un lector activo, casi «colaborador» que reconstruya lo que él deliberadamente ha distorsionado. ■ S. S. R.